

LOS BAILES, RESTOS DE LAS GRANDES FIESTAS

LAS FIESTAS TRADICIONALES DE CARÁCTER LOCAL HAN TENIDO EN CATALUÑA UN FUERTE ARRAIGO. CADA CIUDAD, CADA PUEBLO HA CELEBRADO SIEMPRE SU FIESTA; EN EL FONDO DE CADA UNA DE ESTAS FIESTAS LOCALES HAY UNA LITURGIA PROFANA QUE SE PIERDE EN LAS PROFUNDIDADES DE LOS TIEMPOS.



LA PATUM DE BERGA

JOAQUIM VILÀ CRÍTICO DE TEATRO



© ELOI BONJOCH

Las fiestas tradicionales de carácter local han tenido, en Cataluña, un fuerte arraigo. Cada ciudad, cada pueblo, por pequeño que sea, ha celebrado siempre su fiesta. A veces, los problemas económicos o las restricciones políticas han hecho decaer su esplendor y han pasado períodos oscuros, llenos de dificultades. Pero, desaparecido el mal tiempo, el brillo de la fiesta ha regresado al pueblo con toda su fuerza.

En el fondo de cada una de estas fiestas locales hay toda una liturgia profana que se pierde en las profundidades de los tiempos, que se presenta mutable y dinámica según las circunstancias, que adopta las más diversas modas e influencias y que, como cualquier cosa viva, evoluciona e incluso, en buen número de casos, desaparece con el transcurso de los años y nos oculta el secreto de su razón o su existencia.

Posiblemente, la fiesta catalana por excelencia haya sido siempre la del Corpus Christi. Iniciada en la diócesis de Lieja, la celebración se extendió rápidamente por todo el mundo católico cuando fue establecida por Urbano IV, en 1264, definida por el Concilio de Viena del Delfinado (1311, Clemente V) y universalizada por la Bula papal de Juan XXII en 1316. Tenemos noticias de que en Vic se celebró ya en 1318 y en Barcelona, con gran pompa, en 1320, como en Gerona, y poco tiempo después la tenemos ya documentada en Lérida, Tortosa, Valencia y Perpiñán, habiéndose extendido al parecer por todas partes hacia el 1370. El Corpus fue, enseguida, una fiesta de amplia participación popular que se concretaba, sobre todo, en la procesión, en la que intervenían, precediendo el paso de la Eucaristía, gran cantidad de elementos, tanto religiosos como profanos. De estos elementos, muy diversos, destacan los entremeses, que eran auténticas representaciones teatrales de tema bíblico o hagiográfico, en el suelo o sobre catafalcos móviles, hechas de modo expreso para el séquito y con la incorporación de elementos temporalmente anteriores. Esta incorporación es importantísima ya que permitió la conservación y fortalecimiento de buen número de elementos más antiguos, que así se vieron legitimados –pese a que luego llegarían a toda prisa las prohibiciones– al entrar, desde situaciones temporales y geográficas diversas, en la liturgia oficial.



La estructura de la procesión comportaba un orden riguroso, comenzaba con la creación del mundo, la lucha de ángeles y diablos, el Paraíso, y continuaba con representaciones sobre momentos del Génesis y fragmentos característicos de la vida de los Patriarcas; los Profetas y los anuncios de la Redención; escenas del Nuevo Testamento y de la vida de la Iglesia, con los evangelistas, apóstoles, eremitas, santos fundadores y de devociones locales, doctores, predicadores, mártires... hasta la Custodia y los elementos simbólicos, las autoridades religiosas, las civiles –incorporadas más tarde–, etc. La complejidad del séquito, la gran muchedumbre que tomaba parte en él –participando directamente o como público–, la dificultad de mantener un orden o establecer los límites del respeto, comportaron abusos que originaron una gran cantidad de prohibiciones, que fueron eliminando elementos del séquito y dejaron otros aislados fuera del contexto donde inicialmente se encontraban; hallamos así en la procesión gigantes, bestias, monstruos, dragones... y también bailes de diablos, bailes de bastones, atabales, bailes de caballitos, “cossiers”...

Me he extendido, demasiado tal vez, en la celebración del Corpus, porque, en cierto modo, es el espejo de casi todas las demás fiestas. Es tan popular y el pueblo se siente en ella tan protagonista que, cuando ha de celebrar la visita de un alto personaje, un rey o un obispo, o cuando debe celebrar la fiesta del santo patrono local, utiliza los mismos recursos, lo que más le ha sorprendido, aquello con lo que se siente más identificado o que, por las razones que sean, ha obtenido mayor adhesión popular. La fiesta del Corpus reúne una mezcla de elementos religiosos y profanos, algunos de los cuales tienen una ascendencia remotísima y por la popularidad que la

fiesta consiguió fue, primero, el punto convergente de la actividad cultural popular y, luego, el modelo donde se contemplan las demás fiestas.

Ahora, en las fiestas de Cataluña –las mayores y las más locales–, en cualquier ocasión festiva encontramos bailes –las danzas son ya un producto más elaborado, sea por una evolución tradicional más o menos culta o por la reelaboración que de ellas hacen los grupos de danza que han adoptado el nombre genérico de “*esbarts*”– que son elementos solitarios que nos han llegado hasta nosotros de las antiguas celebraciones y que el pueblo se complace conservando pese a que se haya perdido el sentido y se desconozcan sus orígenes. Así, en la actualidad, en la última década del siglo XX, en Cataluña podemos encontrar todavía un conjunto de materiales de este tipo cuya clasificación podríamos intentar:

Gigantes y enanos

Los gigantes, altos muñecos de cartón, generalmente con estructura de madera, aunque parezcan proceder de entremeses de la procesión del Corpus, podrían ser elementos muy anteriores. Son conocidos en diversos países europeos. Hoy, en Cataluña, se utilizan en desfiles y pasacalles, donde podemos encontrarlos tanto delante como detrás de otros elementos. Cada vez proliferan más –a partir del encuentro de Matadepera, en 1982– las concentraciones en las que, tras un paseo y los bailes por parejas –normalmente sin una coreografía demasiado definida– se reúnen todos los participantes en una sola danza colectiva.

Los enanos (o cabezudos) son de aparición más moderna y parecen surgir en contraposición con los gigantes. Son pequeños y con una voluminosa cabeza, también de cartón, muy desproporcionada en relación a la altura de la figura. Actualmente sirven como acompañantes de los gigantes, los complementan no sólo por su tamaño sino también por su movilidad. En la actualidad no utilizan, excepto en casos muy concretos, coreografía alguna.

Los gigantes y los enanos se localizan en toda Cataluña.

Bestiario

De todas las figuras de entremés que representan bestias, las más habituales son los caballitos y los dragones. Los



caballitos –el bailarín va en una carcasa de cartón en forma de caballo, sin patas– forman grupos de danza con movimientos y evoluciones en forma de lucha o, simplemente, en formación de séquito. Los dragones o cualquier otro tipo de animal que pueda incorporar elementos pirotécnicos han tenido una fuerte popularización en los últimos tiempos, con una expansión parecida a la de los Bailes de Diablos, posiblemente gracias a su espectacularidad. Hoy, en las fiestas catalanas y junto a los Diablos, forman parte de pasacalles vespertinos y nocturnos denominados “*correfocs*”. Sin embargo, hay también en Cataluña otros animales y bichos fantásticos utilizados en pasacalles o manifestaciones más concretas: el Águila, la “*Víbria*”, la “*Mulassa*”, el León, el Buey, las “*Guites*”,...

Bailes de diablos

Su función principal había sido la de abrir paso a las procesiones y séquitos, aunque muchos de ellos contienen parlamentos de claro tono satírico y de crítica social, con personajes definidos como Lucifer, la Diabla, el Arcángel... y podrían ser muy bien derivaciones de antiguas representaciones.

Por lo general, los diablos van vestidos con ropa de saco pintada con motivos de la simbología popular y llevan una “maza” alargada con un cohete que se fija en la parte superior y que gira, cuando se enciende, esparciendo chispas a su alrededor, a modo de campana. En la actualidad, los grupos de diablos se hallan esparcidos por toda Cataluña, sin embargo, las llamadas “históricas”, por la continuidad de su tradición, se localizan en las comarcas del Penedès, Garraf, Camp de Tarragona y tierras circundantes. En los últimos diez u once años han conocido una gran extensión y, posiblemente por eso, algunas “*colles*” son simples grupos de animación que sólo utilizan las formas externas y están muy lejos del espíritu tradicional que las caracteriza. Cada 24 de junio, día de San Juan, en la celebración del solsticio de verano, los grupos de diablos se reúnen en una localidad determinada y realizan una actuación conjunta.

Bailes de bastones

Son hermanos gemelos de los bailes de espadas y bailes de bastones que se hallan en muchos pueblos de Europa. Es posible que sean restos de antiguas dan-

zas guerreras. Como su nombre indica, los bailarines, dispuestos en dos bandos, llevan dos bastones, cortos y gruesos, uno en cada mano, que golpean unos contra otros al ritmo de la música y siguiendo los movimientos y las evoluciones de determinadas coreografías. Hay noticias, de mediados del siglo pasado, según las que algunos de estos bailes podían tener forma representada con la inclusión de parlamentos, en la actualidad sin embargo no queda rastro de dichos diálogos. Existen hoy numerosos grupos, pero la máxima densidad de grupos puede encontrarse en la Cataluña Nueva, sobre todo en las comarcas del Penedès y circundantes.

“Castellers”

Los castillos son formados por un grupo de hombres que trepan unos sobre otros, de acuerdo con una disposición muy concreta, y consiguen hasta nueve pisos de altura. Esta tradición –aunque tiene precedentes en el Mediterráneo– se concentra geográficamente en las comarcas del Camp de Tarragona y el Penedès. Existen noticias de juegos, ceremonias y bailes populares que comportaban el levantamiento de una torre humana; parece sin embargo que, desde los inicios del siglo XIX, es un elemento festivo autónomo realizado por grupos especializados. Los más importantes son la “*Colla Vella*” y la “*Jove*” de los “*Xiquets*” de Valls, los “*Castellers*” de Vilafranca del Penedès, los “*Xiquets*” de Tarragona, los “*Nens*” del Vendrell, los “*Castellers*” de Barcelona, los “*Minnyons*” de Terrassa, los “*Bordegassos*” de Vilanova...

Bailes hablados

Alrededor de la Universidad de Tarragona, un grupo de estudiosos ha conseguido llevar a un punto interesantísimo el estudio de estas representaciones de

teatro popular que se ha dado en llamar “bailes hablados”. Prácticamente perdidos por su bajísima calidad literaria, los bailes hablados son comparsas, por lo general itinerantes, en las que encontramos música, danza, texto y representación teatral. Desvinculadas del séquito de entremeses de la procesión de Corpus, arraigaron sobre todo en las localidades del Camp de Tarragona y las comarcas circundantes. Su temática puede ser de carácter religioso, normalmente hagiográfico, o profano, de aspecto patriótico o de crítica social o de costumbres. La música es muy sencilla, normalmente de un único tema melódico, y la coreografía se reduce a unas posiciones de los actores-bailarines en dos hileras, con el personaje principal en el centro, y a unas mínimas evoluciones. Actualmente destacan las representaciones del “Baile del Santo Cristo”, en Salomó –que se ha decantado hacia una vertiente esencialmente teatral–, y las recuperaciones del “Baile de Serrallonga” y del “Baile de Damas y Viejos”, en Tarragona.

Hasta ahora hemos hablado de bailes y comparsas festivas, de elementos que, desde su convergencia en la procesión del Corpus, han conocido un notable arraigo en pequeñas comunidades rurales, especialmente de la Cataluña Nueva –la Cataluña al sur del río Llobregat–, y gracias a esta protección han llegado hasta nosotros. La historia de estos elementos es a menudo confusa y algunos, por una simple razón de subsistencia y adaptación han adoptado otros elementos –locales, extraños, genuinos, de modas temporales...– que los han transformado con mayor o menor fuerza, pero que todavía hoy poseen un singular atractivo y un innegable interés. Sin embargo, existen también manifestaciones que incluyen elementos diversos y son auténticas fiestas de estructura más compleja, como “*La Patum*” de Berga, las procesiones y séquitos de la Fiesta Mayor de Vilafranca, de Sant Bartolomé en Sitges, de Santa Tecla en Tarragona...; hablar de ellas exigiría mucho más espacio del que hasta ahora hemos utilizado, pues demuestran una extraordinaria vitalidad popular.

Pese a todo, estas manifestaciones han de soportar el peso de las contaminaciones folklóricas, han de sentir una identidad que las justifique y han de hallar una proyección de futuro.

Afortunadamente, el pueblo que las mantiene las siente todavía muy suyas. ●